

PATRIMONIO DE INTERÉS RELIGIOSO. CEMENTERIOS Y OTRAS EXPRESIONES DE LA CULTURA FUNERARIA POPULAR

Rodrigo Gutiérrez Viñuales

El objetivo del presente ensayo es el de poner en evidencia un patrimonio vivo y altamente representativo del Mercosur, comprendido dentro de las expresiones funerarias materiales e inmateriales: las tumbas situadas en los cementerios de raigambre popular (o en las zonas marginales de camposantos “monumentales”) como, asimismo, los recordatorios vinculados a la muerte en espacios públicos, hallables en caminos, carreteras, calles, plazas y otros lugares, rurales o urbanos, de la región. Estos testimonios de memoria y de alta densidad espiritual, en lo objetual, son productos genuinos de la sensibilidad y la creatividad de sus autores, en muchos casos los propios familiares de la persona a la que se conmemora, o sus devotos si se trata de personalidades públicas.

Dentro del marco que supone el presente documento, dedicado a la gobernanza, gestión y uso del patrimonio de interés religioso en el Mercosur y, de una manera aún más concreta del existente en torno a los sitios culturales de la región inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial por la UNESCO (o en incluidos en la Lista Indicativa nacional), es posible establecer valoraciones específicas.

Las consideraciones que volcaremos aquí son producto de un extenso proceso de registro y análisis desarrollado en cementerios y otros espacios funerarios del continente, y de acopio reflexivo de documentación vinculada. Varias son las convicciones nacidas de esas experiencias de campo, tanto en lo material-estético, como en lo espiritual. Una de ellas es el papel que juegan los cemen-

terios como espacio de intervención de la comunidad: el pueblo acude a los “espacios de la muerte” para generarlos como tales y dotarlos de vida, buscando, a través de diferentes rituales, asimilar la muerte de un ser querido, emitiendo un doble mensaje: uno terrenal, dirigido a la sociedad y orientado a aceptar y reconocer la irremediable finitud, y otro celestial, que busca agradar al difunto y demostrarle que continúa siendo parte viva en la memoria de los suyos. El acto creativo se manifiesta como una necesidad superior del espíritu, individual, familiar y comunitaria.

Desde lo material y lo estético, este patrimonio representa una de las expresiones más genuinas, originales y distintivas de América, y, de una manera particular, de lo religioso. Bajo el prisma y hasta la distorsión propia de alguien dedicado al estudio del arte contemporáneo, es inevitable ver a muchas de estas creaciones como verdaderas obras de arte, aun cuando no solamente están al margen de los sistemas hegemónicos de museos, galerías y mercado, sino que tampoco sus autores materiales y conceptuales sean conscientes de esas cualidades.

Con los ejemplos a la vista, está claro que este patrimonio está marcado por la hibridación, en cuanto a la convergencia de elementos provenientes de diferentes ámbitos, y por los excesos iconográficos, práctica natural de una sociedad en donde lo barroco nunca dejó de ser un santo y seña. Las simbologías cristianas tradicionales ya no ejercen el papel de exclusividad de antaño y coexisten en las tumbas y nichos con escudos de equipos de fútbol, personajes de dibujos animados, la alusión a oficios y gustos de los fallecidos, corazones que evocan afectos, re-

tratos de difuntos primorosamente pintados a mano, composiciones propias del *graffiti*, el rock y el rap, usos del *photoshop* y otros medios digitales, ángeles en múltiples formatos y situaciones, representación de hogares y otras posesiones terrenales, imaginaciones sobre el paraíso. Un nutrido universo llamado a cumplir el papel de espacio de conexión entre lo terrenal y lo celestial, en donde el color suele jugar un papel determinante.

Un contexto de indudable densidad espiritual y valor cultural son los recordatorios vinculados a la muerte, ubicados tanto en ámbitos rurales (carreteras, caminos, senderos) como urbanos (calles, plazas y otros sitios). A ellos debemos sumar oratorios, altares populares, cruces, humilladeros y otras señales que encontramos en lugares tan disímiles como terminales de buses y trenes, aeropuertos o controles policiales, nacidos de la necesidad de sentir protección espiritual. Todo ello compone un patrimonio religioso que, en conjunto, no recibe especial atención desde las instituciones, emergiendo como un cúmulo de testimonios dispersos. Lo cierto es que nuestra región está “invadida” por lo sagrado: constituye un territorio sacralizado, por obra y gracia de individuos y sociedades que se apropian libre y legítimamente de espacios cementeriales y otros públicos para edificar santuarios de devoción personal, familiar o comunitaria. No está al margen de ello, sino que lo constituye, un amplio corpus de cultos profanos nacidos de tradiciones y leyendas populares, y como consecuencia de la invención de creencias milagrosas.

Ante esta realidad tan incesante como ingobernable, las instituciones adoptan, necesariamente, un papel bastante pasivo: desde lo espiritual, la Iglesia Católica permite un cierto *laissez faire*, pues sabe que sería en vano entrar en confrontaciones; desde lo jurídico-estatal, estas costumbres suelen funcionar al margen de la gestión pública, por su carácter popular intrínseco y, por lo tanto, por su naturaleza como bien patrimonial administrado por los propios individuos de la comunidad.

Un ejemplo muy claro de ello serían las llamadas “animitas” que hallamos en territorio

chileno, aunque desplegadas —ya con otros nombres— en el resto del continente, recordatorios que enlazan con la antigua tradición de las apachetas. Verdaderas “instalaciones” —utilizando un concepto del arte contemporáneo—, representan, en el caso chileno, una de las expresiones con más recorrido historiográfico en el último cuarto de siglo. Diseminadas a lo largo y ancho del país, son notables las halladas en las zonas desérticas de Atacama, y varias en torno a las oficinas salitreras de Humberstone y Santa Laura, o a San Pedro de Atacama. Mucho más al sur, en Chiloé, los cementerios representan también un muestrario abundante, en este caso de pequeñas tumbas que están construidas con técnicas y materiales propios de la arquitectura local.

Citamos a estos dos referentes patrimoniales mundiales como también podemos hacerlo con otros de la región. Es factible trazar diálogos entre los cementerios populares de la zona andina central. En ciudades como Quito, si tomamos como referencia a su camposanto principal, el de San Diego, llaman poderosamente la atención, una vez que se deja atrás el sector monumental, el amplísimo espacio de nichos cerrados con lápidas intervenidas de manera individualizada por los deudos, pintadas o con objetos añadidos al muro, muchas de las que, como en un eterno palimpsesto y por imposibilidad de seguir pagando el alquiler, van cambiando de inquilino y por tanto de diseño. Una expresión que, por caso, en el cementerio de la Almudena de Cusco, se tridimensionaliza, al intervenir no sobre una superficie plana sino sobre una “caja” cerrada con un vidrio, lo que permite a los familiares del difunto crear llamativas “habitaciones” plagadas de objetos, testimonio de la sensibilidad y la creatividad de la comunidad. Más al sur, ciudades patrimoniales como Sucre o regiones como la Quebrada de Humahuaca, muestran características similares. La ciudad boliviana posee uno de los cementerios mejor cuidados y adecentados de Sudamérica, y presenta algunas curiosidades de raigambre local como son unos pequeños toldos que las familias suelen colocar encima de los nichos para resguardarlos de la excesiva exposición solar.

Llegados a este punto cabe preguntarnos acerca de las posibilidades de gestión de este patrimonio. Una premisa a tener en cuenta es que cualquier plan de actuación debe ejercerse de una manera muy sutil y respetuosa, acorde con la densidad espiritual que esos testimonios materiales encierran. La intervención de las autoridades debe estar sujeta a las costumbres: estas anteceden a las leyes y no son estas las que deben determinar a priori las acciones de la comunidad.

Tratándose de un patrimonio, en lo material, eminentemente efímero —ya sean las tumbas en cementerios populares como los recordatorios en espacios públicos—, se hace difícil ejercer una gobernanza a largo plazo. En este contexto adquiere un papel fundamental el de registro y clasificación, a través de la fotografía y de las tareas de inventariado, del mayor muestrario posible de testimonios, proceso en el que son imprescindibles las indicaciones de localización y fecha de las acciones. En otras palabras, la preservación de la memoria, en cierta medida, es tan importante como la física, máxime cuando esta suele nacer sentenciada. Serán acciones útiles, desde el ámbito público, todas aquellas que supongan una toma de conciencia por parte de la propia comunidad como de los visitantes, del valor estético y espiritual de ese patrimonio, y de la necesidad de cuidarlo, conocerlo y disfrutarlo sin alterar su esencia. Investigaciones, publicaciones, exposiciones fotográficas, carteles, sitios web, itinerarios culturales... Todo puede servir para enseñarlo y difundirlo.

≡ BIBLIOGRAFÍA:

Gutiérrez Viñuales, Rodrigo. “El patrimonio funerario en Latinoamérica. Una valoración desde la historia del arte contemporáneo”, en *Apuntes*, Bogotá: Universidad Javeriana, 2006, pp. 70-89.

Gutiérrez Viñuales, Rodrigo. “Sentido y sensibilidad del pueblo. Abriendo los ojos a la cultura funeraria”, en: Birte Pedersen. *Entrada al cielo. Arte funerario popular de Ecuador*. San Sebastián: Editorial Nerea, 2008, pp. 5-10.

Gutiérrez Viñuales, Rodrigo. “Otro arte en espacios públicos. Cultura funeraria de raigambre popular en América”, en *Temas de la Academia*, Buenos Aires: Academia Nacional de Bellas Artes, 2021.



Tumba infantil intervenida con osos de peluche. Cementerio musulmán y católico de Georgetown (Guyana). Foto: Alejo Gutiérrez Viñuales, julio de 2016*



Fig. 2. Pintura popular sobre el muro, con pegatina de Virgencita Plís. Cementerio de San Diego, Quito (Ecuador). Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales, noviembre de 2013.



Fig. 3. Nichos populares protegidos del sol por medio de toldos. Cementerio de Sucre (Bolivia). Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales, septiembre de 2014.



Fig. 4. Panteones construidos con los materiales típicos de la arquitectura de Chiloé. Cementerio de Teupa, Chiloé (Chile). Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales, octubre de 2013.